

Carcelera de Pedro, el Cojo

Ángel Morán

Una novela contada a compás
sobre la España que espantó
sus males cantando y afiló el
arte para quitarse las hambres.



Para su mayor disfrute y entendimiento,
se recomienda leer esta novela
con flamenco de fondo.

Playlist:

<https://open.spotify.com/playlist/1kkWZ1SasZ6ZFeiA-Pk44Zr?si=1b8e332e102d4862>



SALIDA

La pareja elegida para entregar el premio a la mejor serie documental del año se debate entre la compostura y el chascarrillo apresurado, pero Luz no es capaz de entenderles una sola palabra. No porque los nervios les traben tanto la lengua sino porque a ella se le va a salir el corazón por la boca. Cuando recibió la noticia de la nominación se sorprendió de la poca importancia que le dio, pero justo ese día tenía la cabeza muy lejos de las vanidades de este mundo. Sin embargo, a poco que fue encajando los nuevos sobresaltos que le procuraba su padre y se acercaba la fecha de la gala, se fue tensando y entró en la dinámica de ese juego loco. La alegría del equipo, las felicitaciones que llegaban de los sitios (y las personas) más insospechados, la admiración pero quizá también la pelusilla en la mirada de David y, finalmente, la pregunta eterna: ¿qué me pongo?, todo eso iba conformando un monstruo de cien ojos para el que, lo sabe ahora, no estaba preparada. Los del escenario son actores consagrados, pero la crisis les cortó su momento de gloria en esa edad en la que se tenían que comer el mundo y las pantallas de media España. La organización, con buen criterio, les ha rescatado del olvido para recordarles a público, productores y directores que ahí están, dis-

ponibles y rebosantes de salud. Ella, que ha tenido el buen gusto de no haber cedido a la tentación del bisturí, ha querido deslumbrar con un vestidazo de lentejuelas blancas que, sin embargo, le está dando la noche por la poquita tela que le tapa el pecho en los laterales. Como no querrá salir al día siguiente en todos los medios haciendo un Sabrina involuntario, se va cubriendo la teta izquierda cada pocos segundos. A él los años le han ido estirando la piel de la cara y le han empequeñecido los rasgos, tiene los ojos más hundidos, como si hubiera pasado mala noche, y se le ha enronquecido la voz. Pero sigue defendiendo con garbo la buena planta que ha tenido siempre. Luz les ve a duras penas por entre las sombras de las cabezas que tiene por delante, que no son pocas y se mueven también con cierto nerviosismo, señal de que algo llevan también en juego. Pero no cree que haya muchos que, como ella, lleven un papelito arrugado en la mano en el que antes, en el hotel, ha garabateado unas palabritas de agradecimiento, por si acaso. Y hasta la tinta se ha corrido mientras con las manos sudorosas engurruña el papel sin darse cuenta. Aun así vuelve a releerlas aunque ya se las sabe de memoria:

Muchas gracias. Cuando la doctora me dijo que estaba embarazada lo primero que hice fue pensar en mis padres. Bueno, en realidad lo primero que hice fue atragantarme con el café. [Espacio para risas.] Pensar en mis padres fue un acto reflejo curioso porque de inmediato me imaginaba o creía imaginar sus reacciones. Pero luego pensé que esa criatura no iba a tener una experiencia directa con ellos. Yo hice este documental para que cuando mi niña me pregunte dónde están los yayos, yo sepa qué responderle. Porque para hacerlo necesitaba explicarle bien quién era Pedro, el Cojo, su yayo. Y, por supuesto, quién era y cómo era su yaya Fina. Y como cuando cuento una historia suelo irme por las ramas se me ocurrió hacer este documental: para que las

ramas sean fuertes y estén entrelazadas. [Pausa dramática.] Este premio se lo quiero dedicar a la memoria de mi madre y al cariño de mis hermanos. Muchas gracias.

Luz mira a David y él le devuelve una mirada húmeda, temblorosa también, como si con ella quisiera atajarle de una vez todos los miedos. Está guapísimo David, con su camisa blanca, su americana y su pajarita burdeos nueva, aunque se le ve incómodo con esas pintas. También lo están Pol, Aleix y Marc. En ese momento le da la impresión de que David está muy lejos a pesar de tenerle en la butaca de al lado, a pesar de que le ha estado cogiendo la mano durante casi toda la gala hasta que ella, que no las puede tener quietas, ha podido zafarse con cierta delicadeza. Tampoco hacía falta porque esta noche no hay agravios. Esta noche le pertenece a ella. Aunque acabe en desilusión.

CARCELERA DE PEDRO, EL COJO

T1E1

Estoy en un bar cerca del Centro Penitenciario de Hombres de Barcelona, La Modelo, esperando la hora de la visita que concerté hace ya dos semanas. Me tiemblan las piernas y aún no sé si voy a entrar. Por una parte él a mí siempre me trató bien y casi siempre me sentí querida por él, pero por otra hizo lo que hizo y no se lo podré perdonar nunca. O al menos eso creo. O eso quiero creer. Quizá lo que me da miedo precisamente es verme capaz de perdonarle. La persona a la que voy a visitar es mi padre, el cantaor retirado Pedro, el Cojo, y esta es su historia y la de su familia.

Pedro Romero Baena nació en el año de 1930 en Benamacín, un pueblecito serrano de la provincia de Cádiz situado a poniente de una peña generosa. Era el segundo de los dieciséis hijos que tuvo su madre, así que no conoció lo que era el silencio en una casa hasta muchos años más tarde. En algunos partos tuvo mellizos, de hecho él mismo era mellizo, pero el otro se murió allí mismo al nacer, lo cual sucedió un par de veces más. Y con unos meses o con un añito o dos, se murieron casi todos sus herma-

nos. Y solo le quedaron cuatro: Miguel, Paco, Ana y Rocío. Los primeros años de su vida no se caracterizaron precisamente por la abundancia. Ya de bien pequeñito ya supo lo que era trabajar: en la siembra, recogiendo, o en el corcho, donde el hermano ya llevaba su tiempo cargando material hasta los mulos. Muchos kilos de corcho tenían que cargar antes de que le dejaran tocar los árboles. Algo hizo su hermano Miguel, el mayor, pero él solo vio los alcornoques de lejos.

De su padre guarda pocos, pero nítidos recuerdos. Fue de su boca que recibió la noticia de la Guerra Civil, casi como si fuera una anécdota. Ese hombre siempre tenía el labio torcido, hasta cuando estaba de buenas, que sacaba un humor que casi daba más miedo que su estado habitual de agravio sostenido. Eso de buenas. A las malas la propia casa temblaba con sus gritos de trueno, los objetos que estallaban contra el suelo, contra la pared o contra otro objeto y los puñetazos de gigante que por lo general impactaban contra el cuerpo indefenso de su madre, que se defendía con un llanto histérico que apelaba más al escándalo de los vecinos que a la piedad del marido. A él, que por entonces no era Pedro, el Cojo, sino Pedrito, le daban ganas de hacerse invisible y salir de aquella casa. Pero hasta los deseos los contenía porque lo que realmente deseaba era salir de allí y llevarse con él a su madre y a sus hermanos pequeños. A su hermano Miguel no lo contaba, no tanto porque fuera con el que más pleitos mantenía sino porque consideraba que ellos dos se las apañarían bien solos. Sin embargo, lo que no consiguió el instinto de supervivencia lo consiguió la vergüenza. Porque un día cualquiera, cuando Pedrito tenía ocho años, se encontró a su madre sentada en su cama sin hacer y llorando sin consuelo. Él le buscaba las marcas de los golpes pero no encontró ninguna reciente, así que le preguntaba en vano, porque la pena le ocupaba casi toda la

atención, y el resquicio de lucidez que le quedaba lo usaba para acariciarse la barriga con la mano derecha. O quizá no era lucidez sino la propia Naturaleza, que se servía de su mano para preservar el curso de la nueva vida. Su hermano Miguel estaba a su lado, en silencio y con el gesto arrugado, y al final, como la pena o la impotencia no le dejaban a la madre articular palabra, fue el propio Miguel el que le aclaró lo que pasaba.

—Que papá se ha ido, idiota —le soltó escupiendo las palabras entre los dientes, y por la manera en que se lo dijo le pareció que él tenía alguna culpa. Pedrito les miraba aún más confundido.

—Pero ¿que se ha ido adónde?

—¿Pues adónde se va a ir, tarugo? Pues de casa, ¡que se ha ido de casa!

Y desde ese primer momento en que ya Miguel evitó pronunciar la palabra «papá», la figura del padre quedó como un tabú inexorable y se estableció en la casa como una presencia fantasmal, una desgracia para la madre y una amenaza constante por si en algún momento el remordimiento o el fracaso le hacían regresar.

Pasaron los meses y el padre no volvía. Los recursos y la buena fe de los más allegados empezaban a escasear y, sin embargo, los cuchicheos, las habladurías y las miradas que mezclaban pena, compasión y, a veces, desdén y hasta burla, no menguaban. Así que una mañana cualquiera se despertaron los hermanos con ajeteo de cajones y armarios que se abrían y se cerraban, ruido de platos, cubiertos y ollas que se guardaban y los pasos apresurados de una madre tras la que solo le pudieron oír una sentencia, breve pero clara.

—Nos vamos a Cádiz.

Cádiz les recibió con un temporal de levante como no habían visto en su vida. Y eso que en el pueblo sabían de vientos, pero esto era otra cosa. Aquello parecía una advertencia divina de que allí se tendría que hacer mayor a la fuerza nada más llegar. La madre ya les dejó claro a Miguel y a él que si querían comer caliente cada día se lo tendrían que ganar con el sudor de la frente. No es que no supieran qué significaba eso de ganarse el pan porque Miguel también había estado cuidando los cochinos y los pavos de unos amigos de su padre, en el pueblo, durante la guerra. Se podía llevar quince días guardando los bichos y entonces le daban uno libre, principalmente para que se pudiera cambiar de ropa, porque el olor ya era insoportable. Dormía en el pajar, en una choza o como buenamente pudiera y entonces, cada quince días, le daban cuatro o cinco pesetas, que iban íntegras a las manos del padre. Y vuelta a empezar. Una vez en Cádiz, la madre se fue a servir en una casa de los amigos de unos amigos, que también eran de Benamacín. Y entre Miguel, él mismo y alguna vez hasta Paquito se turnaban para quedarse al cuidado de los pequeños. Lo primero que se le ocurrió a Pedrito fue ir a las marismas, a ver cómo hacían para sacar aquellos bichos de los que no habían oído hablar en la vida. Chirlas, coquinas, cangrejos, almejas y todo lo que se moviera eran objeto de pesca. A poco que tuvo una oportunidad se arrimó a la vera de un muchacho que parecía un adulto a juzgar por la ferocidad de sus manos y por cómo se le cuarteaba la piel en la frente y en el cuello, pero que en realidad solo tenía quince años. Él guardaba silencio mientras el muchacho explicaba en voz alta el por qué y el por qué no de lo que iba haciendo, con cierto aire de desdén hacia el mocosito que se le había pegado sin haberlo pedido pero se le henchía el orgullo cuando exponía el dominio de su oficio. Se metían en el fango hasta más arriba de las rodillas y hundían la mano para

coger unas coquinas como mejillones de grandes. Llenaban sus buenas cajas lo más rápido posible porque cuando a poco que se endurecía el cieno se les ponían las manos reventonas. Entonces aclaraban los bichos en agua salada limpia y se iban andando hasta la plaza para vender el género como podían.

Uno de aquellos días, pudo oír algo así como un lamento terrible de alguien a quien el dolor le estaba traspasando el pecho. Pedrito se quedó primero inmóvil por el susto pero luego la curiosidad le pudo más que la prudencia y se acercó a la tienda de donde procedía aquel vozarrón de hombre roto. No es que fuera una sorpresa porque las penalidades estaban a la orden del día, pero se fue acercando como si él fuera un ratoncillo y aquel hombre el mismo Hamelín. No se quería ni imaginar lo que ese hombre tenía que estar pasando para quebrarse de aquella manera y, sin embargo, el poder de atracción de aquel desgarró era muy superior a él y, al parecer, también a los varios parroquianos que le clavaban la vista detrás de un silencio gordo. Entonces, cuando Pedrito se asomó cauteloso a la puerta de la tienda para espiar lo que le pasaba al hombre, entendió que no estaba gritando. Aquel fue su primer encuentro con el flamenco, aunque más bien fue encontronazo, porque no lo olvidaría jamás. De aquella ensoñación lo sacó de golpe Andrés, el chico que le había enseñado a mariscar.

—¡Venga, hombre, que eres mú chico tú pa empezar ya en los bares!

Aún les quedaban por vender más de dos cajas de coquinas pero durante toda la mañana —y aun la tarde— procuraba encajar aquel fogonazo de horror y, al mismo tiempo, de belleza visceral. Intentaba entender cómo se podía cantar la tragedia de la muerte y el apego a la vida y hacerlo desde un dolor tan palpable. Siempre había escuchado que el que canta su mal

espanta y, sin embargo, mientras cantaba, aquel hombre estaba sufriendo desde el mismo filo de un abismo terrible y, sin embargo, hermosísimo.

Cuando las hambres empezaron a apretar en Cádiz las marismas se fueron llenando de hombres hechos y derechos que sacaron a los muchachos a compás de capón, incluso a los más veteranos como Andrés. Así que Pedrito se vio de nuevo en la calle dándole vueltas a la imaginación sobre cómo podía ganarse una peseta. Y como el aburrimiento y la necesidad le hacían tener los ojos bien abiertos vio un día a un hombre que caminaba sin levantar la vista del suelo y que cada poco se agachaba y recogía algo. Él se le acercó a cierta distancia para ver qué botín era aquel que tan concentrado le tenía y se dio cuenta de que no eran sino las colillas de los cigarros que otros habían tirado al suelo. Al principio no entendió para qué quería ese hombre tanta colilla y supuso que era una manera un poco cochina de fumar gratis. Pero cuando se lo contó a Andrés, este se rió a carcajadas.

—¡No, chiquillo! Lo que hacía es reunir todas las colillas que podía para sacar el tabaco y luego vendérselo a quien pudiera.

Pedrito, que aún no sabía de estigmas, vio un negocio fácil y bastante seguro y al día siguiente se pateó medio Cádiz mirando al suelo. Y cuando consideró que las calles ya estaban limpias de colillas se fue al muelle a vender el poquito tabaco que consiguió reunir. Y mientras estaba entre los trabajadores del muelle les escuchaba animarse unos a otros a acercarse a la tienda del Matadero a escuchar un poquito de flamenco. Y cuando oyó la palabra «flamenco» abrió bien las orejas y fue siguiendo a aquellos hombres a una distancia prudente hasta que llegaron a la tienda que regentaba Terradas, pero a él le conoció más tarde. De momento se conformó con quedarse fuera del local, no fueran

a decirle algo, y aguantó escuchando lo que podía hasta que las luces de la tarde empezaron a caer. Cuando llegó a su casa estaba tan cansado que se echó un momento en la cama y no despertó hasta la mañana siguiente. Lo primero que hizo fue buscar la bolsa donde había echado las moneditas que le habían dado por el tabaco. Había ganado setenta y ocho reales.

Aquellos días pasaba muchas horas muertas con Andrés en el puente Canal, ya fuera arriesgando la crisma al saltar desde arriba o tirando un chambel remendado mil veces con hilos y anzuelos que se iban encontrando por ahí. Un día le vino corriendo y se lo llevó hasta el muelle porque necesitaban gente para cargar los serones de sal que traían cargados en burros desde San Fernando. Por las noches le gustaba acercarse al barrio de Santa María para escuchar cantar. Sobre todo, iba a la tienda del Matadero, enfrente del muelle, porque resultó que era allí donde paraban todos los flamencos. Un día, aprovechando la confusión que se formaba mientras entraban varios trabajadores del muelle, se coló para vivir desde dentro lo que había imaginado desde fuera. Quería absorberlo todo: las formas de hablar, de templarse, de marcar el compás golpeando los nudillos en la mesa, el omnipresente olor a vino y, sobre todo, el cante. Pero como era demasiado pequeño para estar por allí, a menudo le echaban a la calle y entonces se encaramaba a los hierros de una ventana para seguir escuchando. Se podía pasar las horas así. Y así lo hacía.

Un día tarareaba distraído una malagueña que le había escuchado a Ignacio Ezpeleta y sin que él se diera cuenta pasaba por allí un señor muy pintón que era buen aficionado al cante. El señor se paró en seco y le habló muy serio.

—¿Qué es eso que cantas, niño?

Pedrito se quedó mudo, como si le hubieran pillado en falta.

—Una malagueña —respondió al fin con un hilo de voz.

—A ver cómo es esa malagueña que yo la escuche bien.

Pedrito no sabía si aquellas palabras eran de amenaza o de lisonja, pero como entendió que la mirada insistente de aquel señor no permitía demoras se arrancó lo mejor que pudo.

La pena, la que mi corazón siente
que a mí me ahoga mucho la pena
de ver que te quiero tanto
esa carita morena
se burla de mi quebranto

Aunque Pedrito tenía la garganta seca y no cantaba cómodo al señor se le fue aflojando la gravedad del entrecejo y cuando terminó el último verso se le expandió la cara en una sonrisa que era como de llegar a casa. Se echó la mano a una cartera de buen cuero con unas letras bordadas en el lomo y le dio una peseta. El señor se fue después de alborotarle el pelo y Pedrito se guardó la peseta rápido en el bolsillo sin poder creer lo fácil que había sido aquello. Con las vueltas que tuvo que dar cuando estuvo recogiendo colillas del suelo para ganar menos.

Pedrito ya le había cogido gusto a escuchar flamenco, no tenía mal oído y tampoco le faltaba garganta. Y para colmo, le habían dado una peseta casi por las buenas. Así que a la madre le iba a costar evitar que el niño frecuentara aquellos ambientes que eran de adultos. Pero, claro, cuando empezó a traer dinero a casa ya no se veía tan mal.

—¡Niño, cántame un fandanguito! —le decían, y él, obediente, le cantaba y el hombre le aflojaba unas monedas. Andrés iba con él y también lo intentaba, pero el pobre, aunque le ponía alma y tenía compás, le faltaba voz.

—El Rubillo, que cante El Rubillo —se solía oír. Y El Rubillo no era otro que Pedrito, al que los años le fueron oscureciendo el pelo, la voz y quién sabe qué más. Pero eso fue mucho después, cuando empezó a darse cuenta de la talla de los artistas con los que había echado los dientes. Por allí era habitual ver a Aurelio Sellés, siempre tan bien compuesto; a Pericón, que nunca sabía uno si hablaba de broma o de veras, y a Ignacio Ezpeleta, que se sentaba en una silla grande de enea. También había mucha gente relacionada con el mundo del toro, porque, en aquella época, flamenco y toros formaban parte de una misma cosa. Se asomaban allí banderilleros, picadores, puntilleros y hasta algún que otro matador también. No era raro que al torero le gustara darse su vueltecita ni que al cantaor le tirara la muleta.

Conrado, un chicuco que regentaba un almacén en el barrio de Santa María, tenía buen cuidado de él, pero siempre con un ojo puesto en el negocio. Como veía que la clientela bebía más cuando cantaba El Rubillo, él le mimaba un día con un chorizo, otro con una butifarra o unos chicharrones y otro con unas monedillas. Él llegaba a su casa contento con el botín que se había ganado y sin darse cuenta fue aprendiendo letras y palos. Incluso Ramón, un guitarrista de Vejer que le tenía mucho cariño, le enseñó tres o cuatro falsetas pero, para su tormento, la sonanta se le resistía mientras la voz le salía casi sin esfuerzo.

Las noches se pusieron duras para el cante porque entonces se prohibía estar abierto más tarde de la una o las dos de la madrugada. Los flamencos buscaban fiestas en las ventas y las únicas que había en Cádiz eran la de la Palma y la del Chato. Y en San Fernando, la Venta de Vargas. Allí había señoritos de todo tipo: del que lo era y ostentaba, del que no lo era y quería hacer ver que lo era, por si se le pegaba algo, y del que lo era pero iba hecho una pena para no despertar la envidia de la gente y que le hundieran

el negocio que tuviera pero que a la hora de la verdad empezaba a sacar billetes de los bolsillos y no se le acababan.

Lo que cuento lo he sabido por boca de muchas personas que han estado muy cerca de mi padre, ya sea por lazos familiares, por circunstancias de trabajo o simplemente porque los bandazos que da la vida los juntó en algún momento importante. Subo por una escalera angosta y mal iluminada que me lleva al bohío donde vive Andrés con su señora.

ANDRÉS ARJONA, AMIGO DE LA INFANCIA DE PEDRO, EL COJO

Andrés me recibe como si fuera una nieta de la que no había tenido noticias. Pero quien abre la puerta es Luisa, su mujer, que anda encorvada y con pasitos cortos pero aún seguros dentro de los límites de la casa donde han vivido desde que se casaron, según me cuenta. Es verdad que vivieron muchos años en una casa más grande que se compraron cuando el almacén de ultramarinos que pusieron por fin empezó a darles algo, que sus horas y sus fatigas le costaron, pero cuando los niños se fueron de casa volvieron a su casita del Barrio que, aunque humilde, para ellos era suficiente y estaba mejor ubicada. Me incomoda la familiaridad con que me trata Andrés, porque a buen seguro me está confundiendo con alguna de sus nietas o incluso de sus hijas cuando eran pequeñas, quién sabe. Las frases se le hacen interminables, pero no así los recuerdos de tantísimos años atrás. Luisa lo ve de lo más natural. «Por lo que ha hecho hace cinco minutos no le vayas a preguntar, pero de sus cosas de hace setenta años, tú no te preocupes, que se acuerda hasta del último peo que se tiró.» Sin terminar de reponerme de la sorpresa por tanta

familiaridad, escucho las primeras palabras de Andrés, que sin esfuerzo alguno tiene ya la cabeza tantas décadas atrás.

—Ay, tu pare, tu pare...

Detrás de ese cuerpo que literalmente no se tiene en pie y esa cabeza presuntamente perdida, me sorprende la lucidez espontánea de Andrés, que a juzgar por la sonrisa que se le ha dibujado entre las arrugas de la cara parece haberse perdido en una vida que ya fue. Una vida mejor. Y no me ha confundido con nadie porque sabe perfectamente quién soy. La confundida soy yo.

—Tu pare y yo siempre nos llevamos muy bien. Ahora, cuando se torcía había que quitarse denmedio porque no se le ocurría ná bueno. Un día, poco después de conocerlo, le gasté una broma que ya ni macuerdo de lo que le había hecho. Y él, muy tranquilo, se agachó, cogió un adoquín que había suelto en el suelo y me lo tiró a la cabeza —dice mientras se señala una cicatriz nada despreciable que parece abrirle un caminito desde la ceja hasta la sien derecha—. Sangraba como un cochino —remata mientras ríe para sí mismo.

»Pero tu pare era lo más vivo que yo he visto en mi vía. Cuando la cosa ya estaba muy malita, se iba a ver a José el Carbonero, que le gustaba mucho su partidita, su vinito y el cante. «Nada, que he venido a saludarle a usted.» Le daba palique y cogía la baraja. Si no tenía mucha faena, cuando veía el momento le decía: «¿Echamos una partidita?», y como sabía que no había partidita sin copita ni copita sin cante, él sabía buscarle las vueltas, pero de a poquito. Entonces le decía: «bueno, don José, yo ya me voy a ir retirando». Y él: «no, hombre, que te voy a convidar a una copita en el Habana». Y ahí empezaban las copitas, que nunca era una, y con ellas, el cante. Y entonces ya veía él algo de dinero.

»Desde chiquito supo ver la oportunidad. Yo era mayor que él y se me pegó como una lapa cuando llegó a Cádiz, porque quería

aprender a mariscar. Y yo le enseñaba, claro, porque le veía que en su casa pasaban necesidad. Pero él aprendió enseguida y allá que nos íbamos los dos con las cajas llenas a vender el género en la plaza.

»También estuvo un tiempo cantando en los trenvías de Cai a La Isla. Cogía el trenvía muy temprano, con una chaqueta que era de un tío suyo o de un vecino, ya no macuerdo, se ponía a cantá en el trenvía y luego pasaba la gorra. El primero que echaba unas perrillas era el mismo cobradó, pa que la gente se animara, pero luego se las tenía que devolvé. Cuando llegaba a La Isla, se bajaba y cogía otro trenvía pa Cádiz otra vé, y venga a cantá. Y así hasta las dié o las once de la noche. Tor día cantando se pasaba.

»Él y yo tuvimos buen trato porque él era trabajador y ellos pasaban muchas fatigas, porque su madre, pobrecita...

Andrés levanta la cabeza, me estudia con brevedad, luego mira a Luisa y guarda un silencio prudente. Andrés calla y yo respeto su silencio, aunque él no sepa que yo sé. Al cabo, me animo a animarle y él ahora me estudia de frente, sin recato.

—Andrés, usted puede contarme lo que sea, que yo no me voy a asustar.

Guarda unos segundos de silencio como si valorase contar o no contar y finalmente se arranca a hablar y para ello trata de justificar los hechos.

—Ustedes los jóvenes hoy en día lo tienen todo y no podéis comprender lo que era aquello, pero en esa época era todo distinto. Aquellos eran los años de después de la guerra, que no había de nada, eran los años de la cartilla de racionamiento, del estraperlo y del sálvese quien pueda.

»Su madre —se para, se concentra y decide—, tu abuela, iba al pueblo y compraba aceite, patatas que sembraban unos vecinos y arroz, y se venía con su tío a Cádiz por medio del campo para

que no les cogiera la Guardia Civil. Y ya allí vendía el género en la casa ganándole un poquillo. No para hacerse ricos, como muchos que se hicieron ricos con aquello del estraperlo, sino lo justo para que le comieran todos los hijos. En el barrio se fue corriendo la voz y cada vez venía más gente a la casa. Hasta que un día llegó la Guardia Civil. Y hubo uno de ellos que se encaprichó de su madre y ahí que tenían al guardia civil todas las semanas. Al principio le requisó las patatas, el aceite... se montó una pajarraca que no veas en la casa. Y ya un día llegó el hombre y su madre, pobrecita, nos mandó a jugar a la calle. Y cuando veíamos que el guardia civil salía por la puerta ya sabían ellos que podían volver a la casa. Pero entonces ya el hombre no se llevaba nada. Y ya poco después de aquello se fueron a Barcelona y ya entonces, claro, le perdí la pista.

Andrés levanta la mirada, que se le ha humedecido, hacia donde le escucho con total atención y me siento culpable por no emocionarme como él. Lo que me cuenta se me antoja como una película, como algo que me queda muy lejos. Supongo que tendrá que ver el hecho de que no conocí a mi abuela Concha. Y como tantas veces la cabeza se me va en intentar imaginarme a esa mujer que se quedó embarazada por primera vez con catorce años y vivió así, en estado, más de la mitad de su vida consciente. Entretanto, me he perdido algo que me ha dicho Andrés y me limito a sonreírle con el gesto más fraternal del que soy capaz.

Sin que se lo pida y casi como si no fuera muy consciente de que yo esté ahí delante, Andrés no puede parar de evocar recuerdos, sin más cronología que la que le apunta el capricho de la memoria.

—Cuando se puso más en serio en eso del cante, él sabía perfectamente dónde se metía porque él de chico también se pasó las horas muertas con los flamencos en una venta esperando a que

se dejara caé algún gachó con ganas de cante. Pero al finá todo dependía de eso, del gachó. Porque había veces que se tiraban los flamencos tó la noche partiéndose la garganta y luego no le daban ni las gracias y se iban pa su casa sin llevá ni una peseta. Imagínate tú cómo llegaban esos hombres a sus casas. Y eso Pedrito lo sabía perfectamente que era así. Pero él decía que no lo podía evitá, que era lo que él quería: ser como aquellos flamencos. Y te tengo que decí que se le daba bien. –Andrés guarda silencio mientras mira como hacia el infinito–. Pero que muy bien.

»Pero si se pasaban canutas también es verdá que en las ventas se pasaron mú buenos ratos, porque algunas veces se dejaban caé por allí artistas de categoría. Entonces cogían y decían «pon media botellita por aquí» y luego otra y luego otra y yastá, ya se formaba la pajarraca. Pero esto ya no era pá trincá, sino porque era lo que a ellos les gustaba, la copita y el cante.

»Una noche apareció por allí Manolo Caracol, que a él le gustaba mucho esta parte de la Bahía y como se cantaba por aquí, y ya se puso con su botellita de Botaina, que era lo que a él le gustaba bebé. Y se sentó allí escuchando cantá a este y al otro y cuando ya se había tomao sus dos o tres copitas y se le puso el flequillito aquí en la frente y dijo «aquí estoy yo». Y le dice a Melchor de Marchena, que estaba al toque esa noche: «¡Ponme la guitarra al siete!». Al siete. Y no veas la que armó Caracol en la venta, que echó cuatro o cinco cantes que eso no había quien lo mejorara.

»Estando tu padre ya en Barcelona, ya le iban diciendo unos y otros del ambiente del flamenco: «hay un niño en La Isla de doce o trece años que no veas cómo canta». Y como él era así que no se las pensaba, en La Isla que se plantó ná más que pa escuchá cantá a ese niño. Vino a verme y me contó pa lo que había venío y le digo: «no te preocupes que yo sé cómo dá con él», porque

yo sabía más o menos dónde paraba. Nos fuimos a un bar de La Isla que se llamaba El Sol y que ponían un menudo que quitaba el sentío y nos pusimos a esperá a que llegara Camarón. Y por fin que llegó Camarón y Camarón que en vé de cantá se puso a tocá la guitarra de Capineti, que era el que nos había llevado al bar. Y Pedrito ya no se pudo aguantá más y le dice:

»“—Mira, Camarón, yo he venío de Barcelona ná más que pa escucharte cantá un poquito”.

»Camarón le mira con cara de sorpresa y enseguida.

»“—Sí, hombre, eso está hecho”.

»Y empezó ese chiquillo a soltá por la boca que eso no era normá lo que ese niño cantaba a esa edá. Y Pedrito miraba a Camarón y no se lo podía creé. Y como él no se echaba atrás, se arrancó también a cantá por soleá y allí se estuvieron los dos cantando dos o tres horas, que cuando llegamos no había un alma en el bar y cuando salimos no se cabía de la gente que se fue acercando pa escuchá cantá.

T1E2

Mi tía Ana es una viejecita entrañable que, como suele decirse, está muy bien para la edad que tiene. Viuda desde hace ya más de tres lustros, vive sola y hasta la fecha se las apaña sin ayuda. Tampoco tuvo mucha para criar a mis cinco primos, varones todos. Casi ochenta y cinco años la contemplan con respeto y ella les devuelve una mirada divertida, que es la que mejor podemos emplear para tales menesteres. Porque mi tía Ana se ríe mucho, especialmente para contar los dramas que le tocó vivir, y cuando lo hace, los labios se le repliegan hacia adentro como si fueran los guardianes de la dentadura que ya no está. Y entonces yo vuelvo a reencontrarme con una reflexión que es puro *déjà vu*: «de mayor, yo quiero ser como ella», y solapada con ella, la contigua y evidente: «¿cómo puede ser esta mujer hermana de mi padre?». Ahora a la reflexión original se le ha caído la primera parte de la frase y se ha quedado en el tibio deseo de quien sabe que no le llegará ni al esparto de las alpargatas.

Su cara es un mapa de surcos que le ha ido dibujando la vida y quizá esos tatuajes naturales hacen que me entren más ganas

de comérmela. Me trata como la niña que fui, como si el tiempo se hubiese detenido cuando yo tenía seis años y desde luego yo no dudo en aceptar esos cuidados de otro tiempo, para poder echarlos de menos a mansalva cuando llegue el momento y poder dispensarlos yo misma a los míos y ser acreedora de un cariño al menos parecido.

ANA ROMERO BAENA, HERMANA DE PEDRO, EL COJO

Una ráfaga de besos se posan indiscriminadamente sobre la blanca languidez de mis mejillas y veo unos ojillos cuyo verde esmeralda me sonríe desde el fondo acuoso de su esperanza. Mi tía Ana, a pesar de su edad, mantiene unos contactos que ya los quisiera la inteligencia rusa y se sabe rodear de pan moreno de payés, manteca blanca con zurrapa de lomo hecha en la misma Vejer de la Frontera, sobrasada de cerdo negro procedente de la Mallorca más profunda y repostería marroquí bien cargada de orondos piñones y miel sin filtrar. En lo que hemos tardado en preparar la cámara, los focos y los micros, la mesa de la cocina se ha llenado de manjares que podrían satisfacer a un ejército. Yo sonrío abrumada y mi tía Ana se sienta en la banqueta más incómoda de la cocina para preguntarme con divertida curiosidad.

—¿Y qué es eso que me quiere preguntá, hija?

De momento, ante la simplicidad de la pregunta, yo me quedo sin respuesta y trato de salir del apuro apelando también a lo más sencillo.

—Yo quería que me contaras lo que te acuerdes de los primeros años de llegar vosotros a Barcelona. Porque me imagino —y aquí me veo como una tertuliana cualquiera de *Sálvame*— que las cosas no serían fáciles cuando llegasteis.

Mi tía Ana sonrío y ya entiendo que no voy descaminada.

—No, fáciles no eran, no, pero yo era muy chiquitilla y yo no me daba cuenta de esas cosas. En esa época había mucha miseria, sobre todo por la parte nuestra. Y, claro, nosotros éramos cinco hermanos cuando llegamos, que luego pasó lo del Paquito.

»Nosotros nos venimos con el tío José, que era un hermano de mi madre, que ya vivía aquí en Santa Coloma. Ellos se veían muy poco, en el verano ná, pero claro, como mi madre se encontró con aquella situación pues a él no le quedó más remedio que ayudarnos. El tío José era un hombre muy serio, que tenía muy malas pulgas, pero bueno, en realidad enseguida colocó a los tres varones en el aserradero: a Miguel, a tu padre y a Paquito, que en gloria esté, que por ser el más chico lo pusieron a aprender y fíjate tú la mala suerte que tuvo el pobre. Pero vamos, una cosa es la mala suerte, que la tuvo, y otra cosa es la mala cabeza del que le puso a arreglar la máquina esa.

Sobre el accidente de mi tío Paco, al que me habría encantado haber conocido, por todo lo que he oído de él, he escuchado decenas de versiones distintas, incluso contadas por las mismas personas. Se ve que la memoria también es juguetona y le gusta fabular para embellecer los relatos, o para rellenar los huecos que le faltan, que al caso es lo mismo. Pero aunque ya estoy harta de escucharla, mi tía Ana me la reproduce una vez más, como si fuera un fantasma del que no se consigue librar.

—Porque hay que vé que a quién se le ocurre poné a un niño, porque es que era un niño, a arreglar una máquina como esa, con las cuchillas tan horrosas de grandes que tenía.

En la versión más extendida, le pusieron a limpiar la máquina, no a arreglarla. Y en la versión de la empresa, mi tío Paco estaba allí jugando con la máquina porque sí, porque no se le ocurrió mejor cosa que hacer.

—El caso es que llegó Pedrito y al ver que la máquina se había parado otra vez, porque por lo visto la máquina esa se estropeaba mucho y se paraba cada dos por tres, le dio al botón para arrancarla sin darse cuenta de que estaba el hermano chico por detrás y tal como la arrancó le cogió la pierna al Paquito y se la cortó por aquí —dice señalándose la rodilla, justo por encima de la inserción de la rótula, con un movimiento de izquierda a derecha con la mano en forma de sierra— y adiós rodilla, adiós pierna y adiós tó —dice y se le escapa una risita cachonda tal como si me estuviera contando un chiste—, el pobrecito. Mira, el otro día iba por la calle tan tranquila y un hombre va y me para. Y me dice muy serio: «usté es la hermana del Paquito». Y digo: «yo sí. ¿Y tú quién eres?». Entonces el hombre se disculpó muchas veces por lo de golpe que había entrado y después se puso a hablarme del Paquito, de lo bueno y lo alegre que era y luego del accidente, claro, porque a los que estuvieron allí eso no se les olvida. Y me dice el hombre: «todavía me despierto muchas noches escuchando los gritos que daba el Paquito cuando le cortaron la pierna en la serrería». Mira, se me pusieron los vellos de punta —me dice mientras extiende hacia mí su bracito tirado de arruguitas que se pierden en diagonal hacia las flacideces que se esconden codo arriba.

»Y luego ya pasó lo que pasó: que tardaron la vida en llevarlo al hospital y perdió muchísima sangre. Y, claro, los hospitales de entonces no son como los de ahora, y estando allí se le infectó la herida y entonces se le gangrenó la pierna. Se le puso al pobrecillo la pierna, o lo que quedaba de pierna —y suelta una risotada de autor que me desconcierta—, de todos los colores hasta que a los pocos días se murió como un pajarito.

Con una sonrisa en los labios, mi tía Ana se balancea sobre sí misma en la mecedora de madera que debe de ser más antigua

que yo misma mientras me mira como esperando mi reacción, que no es otra que la pérdida repentina de apetito a pesar de los manjares que hay distribuidos sobre la mesa. No sé si con la intención de aliviarme el mal rollo con la historia de mi tío Paco, pero cambia de tema casi como si no lo hiciera, como si lo que contara a continuación fuera parte de la misma historia. Y en cierto sentido así es.

—Pero a tu padre en realidad casi le tiraban más los toros que el cante. Se quedaba embobaído cada vez que veía por la calle un cartel anunciando toros en Las Arenas. A mí, como era la más chica, me cogía y me ponía a hacé de toro, y él se cogía una caña de esas que ahora la gente pone en las casas pá decorá y se la ponía a una chaqueta vieja roja que yo no sé de dónde se la habría sacao. Y allí que se ponía a darme muletazos. Y yo, loquita de contenta, porque lo que yo quería era jugá a lo que fuera. Hasta que me daba la estocá y ya me ponía yo a llorá como una loca y mi madre salía, «¿qué ha pasao?», y ya se armaba el gori.

»Pero él estaba loco por ir a los toros. Y a la mínima que se le presentó la oportunidad se coló en Las Arenas. La primera vez dio la casualidad de que toreaba Manolete. Yo lo sé porque luego me venía y me lo contaba tó, que nosotros nos llevábamos mú bien de shicos. Y esa noche me dice con mucha solemnidad: «Ana, yo voy a sé torero. Cueste lo que cueste yo voy a sé torero». Yo, claro, me creía tó lo que decía porque pa mí mi hermano era como un Dios. Y él seguía: «a la primera que pueda me tiro de espontáneo». Y yo me jartaba de llorá porque me daba muchísimo miedo y le rogaba que por favó, por favó no lo fuera a hacé. Entonces se esperó a que viniera a Barcelona otra vé Manolete, que era su ídolo, y dicho y hecho. En el sexto toro se tiró a la plaza, llamó al toro, le dio dos pases de muleta y al tercero, al perderle la vista al toro porque se le venían encima dos subalternos

pa llevárselo, el toro aprovechó pa irse por él y le enganchó así, jiiín, de abajo parriba, desde la pantorrilla hasta bien entrao el muslo. Casi treinta centímetros de corná. Le cogió los ligamentos, le cogió venas y le cogió de tó y por poco no me quedo sin otro hermano más, porque se ve que perdió muchísima sangre. Pero como se lo llevaron enseguida a la enfermería y de ahí al hospital, le salvaron la vida. Pero la rodilla no se la salvaron. Y ahí se acabó la carrera de torero de tu padre. Pero cuando fui al hospital, llorando como una Magdalena, él ná más que me decía: «fueron dos muletazos ná más, pero tenías que haber escuchao el murmullo que se levantó en la plaza con el primero y los oles que se escucharon con el segundo, como si fuera un regalo que la gente no esperaba».

Probablemente, el mismo día que mi padre salió del hospital dejó de ser Pedrito para convertirse en Pedro, el Cojo. Y desde entonces se le quitó de la cabeza la idea de convertirse en torero y como los pitones del morlaco no le habían alcanzado la garganta se centró más en su faceta de cantaor. No lo sé por mi tía Ana, pero me consta que el horror por la pérdida del hermano pequeño y el remordimiento que empezó a soportar sobre los hombros a una edad tan temprana, le empujaban fuera de la casa cuando sentía que ya le faltaba hasta el aire para respirar.

—Tú padre lo pasó mú mal. Bueno, todos lo pasamos mú mal, pero el que más tu padre, claro, que fue el que encendió la máquina. Pasó unos meses mú malos, que ni hablaba, ni siquiera a mí, y eso que conmigo se llevaba estupendamente. Pa mí eso fue como si en vé de perdé un hermano, hubiese perdido dos. Cuando ya por fin se avino a hablá conmigo no sé si fue hasta peó porque decía que lo que no se le quitaba de la cabeza —carraspea un poco tita Ana y sigue con su sonrisa más radiante— era que el que tenía que haber estao debajo de la máquina esa era él y no el Paquito.

Que ojalá fuera él el que estuviese ahora mismo bajo tierra y no su hermano. Encima no podíamos ni llorarle porque el tío José, que como te digo nos ayudó pero tenía mú mala leche, un día que estaba atravesao y ya estaba cansao de tanto llanto, va y suelta el tío malaje: «¡ya está bien de tanta pena! ¡Una boca menos!».

»Desde entonces él se convirtió en otra persona completamente distinta. No quería está con nadie, le molestaba tó, siempre estaba de mal humó y se iba mucho de casa por las noches. Entonces no lo sabíamos pero por lo visto empezó a rondar la parte baja de las Ramblas. Y una de esas noches vio a unos muchachos que estaban tocando las palmas y le pareció raro porque llevaban su compasito. Así que él, ni corto ni perezoso, se puso a seguirlos hasta que doblaron primero por una calle, luego por otra —aquí mi tía ensombrece la expresión y le imprime al relato una pausa dramática—, hasta que se meten por una puertecita mú estrecha y por la puertecita que se mete mi hermano. ¡Un jaleo allí dentro! Que si cante, que si baile, que si niñas, que si vino... “¿Esto qué es?”, decía él. “¡Pero si esto parece El Habana de Cadi!” Y allí se quedó tó la noche y la noche del día siguiente también. Pero al principio él no abría la boca porque con lo del hermano lo último que le apetecía era arrancarse por bulerías.

»Al día siguiente, en cuanto vio la oportunidad se llegó otra vé a Casa Matías, que así se llamaba el bar, pero ya no por la noche sino por la tarde, antes de que aquello se caldeara, pero resulta que la puertecita estaba cerrá y es que, don Matías, el dueño, cerraba cada vé que había toros en Barcelona porque no se perdía una corrida el hombre. Y, sin embargo, La Macarena, que estaba justo enfrente y era del mismo estilo porque allí también hacían flamenco y servían vino de Jeré, pues resulta que estaba abierta. A este no le gustarían los toros, ¡jájá, ja! —la figura menudita en que se ha convertido mi tía anuncia sus carcajadas con una *a* a modo

de prefijo y luego se repliega sobre sí misma, y entonces a mí me entran ganas de comérmela—. Así que Pedrito entró y le preguntó al señó que estaba allí si tenían trabajo para él. El hombre resultó ser el propio Domingo Escribá, que era el dueño, y le preguntó qué sabía hacer. Y le dice mi hermano: «yo bailá no bailo, pero cantá le canto lo que usté quiera». Al señó Domingo se le escapó una sonrisa y le volvió a preguntá, «vale, y además de cantar, ¿qué más sabes hacer?» Pedrito se encogió de hombros y respondió con ese desparpajo que tenía: «Yo sé hacé pocas cosas pero aprendo rápido». Al señó Domingo le debió de gustá la respuesta porque le preguntó si podía empezá aquella misma noche.

»Llevaba allí año y medio, haciendo de tó, porque allí no solo cantaba. Allí tenía que serví, limpiá, recogé y cuando llegaba el momento también cantá. Algunas veces hasta se hacía su pataíta. Y, claro, también se tomaba él sus copitas porque pa aguantá tanta mecha y echarse también su cantecito o darse su pataíta no va está con un vasito de agua tó la noche. Y muchas noches cuando cerraban La Macarena se iban a Casa Matías pa terminá la fiesta. Y estando allí, una noche cuando la cosa se iba enfriando y ya ná má que quedaban sei o siete y medio borrachos, sin pensárselo dos veces mi hermano se arrancó con una seguriya que cortaba el aire como un cuchillo. Mira, hasta a los borrachos se les pasó la tajá. Fíjate cómo no sería aquello que de dentro de la taberna aparece un señó vestío con una chaquetilla corta, la camisa rizá y un sombrero cordobé que mi hermano había visto por allí pero que no sabía quién era. Se esperó a que terminara y entonces se acerca el señó y le dice: «¿tú quién ere?». Mi hermano, que no estaba pa gastá mucha saliva con nadie le dice: «yo soy Pedro, ¿y usté?». Y el hombre le dice: «pues yo soy Matías, el dueño de este sitio y si no tienes nada mejor que hacer me gustaría que te vinieras a trabajar con nosotros». Mi hermano se quedó helao

con aquello, pero no se echó atrás. «Por mí como si empiezo ahora mismo.» Y le suelta don Matías: «ahora mismo has empezao». Y así fue como entró mi hermano a trabajá en Casa Matías. Eso a él le hacía mucho bien porque se olvidaba un poco de tó lo que llevaba encima y además que siempre le gustó el flamenco. Al que no le hizo tanta gracia fue al señó Domingo, el de La Macarena, que de hoy pa mañana perdió a un buen cantaó.

»Al día siguiente entró en Casa Matías y le daba tanto respeto aquel sitio que ni le parecía el mismo que la noche anterior. El señó Matías le recibió y le dijo que le esperara un momentito allí y se metió pa dentro. Y él se quedó mirando el local, que así a media lú, con las paredes llenas de las cabezas de los toros y de fotos de toreros y de flamencos, muchos de ellos ya difuntos, le dio una jindama al pobrecito que por poco no salió de allí por patas. Estaba cagaíto, ¡ajá, ja! Cada vé que me lo contaba me moría de risa, porque resulta que, claro, él pa entrá de cantaó allí tenía que ir de traje, pero él no tenía ni traje ni corbata ni ná. Así que cuando me contó que lo habían cogío pa Casa Matías me dice: «¿y ahora qué me pongo yo?». Y le digo: «vamo a mirá en el armario del tío José a vé si tiene algo». Era difícil porque él no era hombre de salí a la calle ná más que pa trabajá, que ni bajaba al bar a tomarse su cervecita. Era un hombre mú suyo el tío José. Así que esperamos a que se quedara dormío en el sofá, que su siesta no la perdonaba, y allí que nos metimos mi hermano y yo en su cuarto y no vea la que liamos. Al principio nos pusimos los dos a buscá y yo no hacía más que mirá pa la puerta por si venía mi tío. Y como mi hermano era mú torpe de manos me tiraba tó las prendas de las perchas y le digo: «quillo, quédate tú en la puerta a vigilá que ya te saco yo lo que sea». Allí había una percha envuelta en un plástico negro que hacía un ruido horroroso cada vé que lo tocaba pero no se veía lo que tenía dentro, así que saqué

con mucho cuidaíto una chaqueta negra que eso tenía que tené más años que Matusalén y unos pantalones gastaos y salí de allí como alma que lleva el diablo. Los chorros de sudó me corrían por la espalda de los nervios que pasé. Y luego vino cuando se tuvo que poné el traje mi hermano. ¡No le estaba grande! –A mi tía Ana se le escapan dos lágrimas producto de las carcajadas–. Le sobraba traje por tós laos –alcanza apenas a decir mientras ríe–. Claro, mi tío José era un hombre mú grande mú grande y mi hermano por aquel entonces era mú poquita cosa. Pero yo le cogí un poquito por las mangas y otro poquito del largo y allí que se fue él con su traje pa Casa Matías. Iba por la calle con la cabeza mirando par suelo pa que no le reconociera nadie, ¡ajá, ja!

»Pero allí en Casa Matías se le dio mú bien y el mismo don Matías estaba loquito con él. Tanto que al poco tiempo de estar allí le dice: «Pedro, tú cantas mú bien, pero el flamenco es una cosa mú seria y con ese traje no puedes cantar. Si tú cantas una soleá o una seguriya con ese traje, la gente no te cree». Y mi hermano: «pero es que yo no tengo dinero pa comprarme un traje nuevo». «Eso no es problema ninguno porque ahora mismo te vienes conmigo y yo te compro un traje y una corbata.» Y cogieron, se levantaron, se fueron pa una sastrería mú buena que había en el paseo de Gràcia y don Matías le compró un traje lindo, que estaba Pedro guapísimo con él, que traía de cabeza a tó las extranjeras. Estuvieran allí los maríos o no, que las extranjeras son mú frescas. Y entonces tu padre empezó a levantá cabeza. Venía muchísima gente a escucharlo cantá porque se iba corriendo la vó. «Hay un cojito en Casa Matías que no vea cómo canta.» Allí fue donde conoció a Ramón, que en realidad era también un muchachillo, pero, claro, a esa edad cuatro o cinco años de diferencia se notan. Y además que Ramón se relacionaba mú bien con mucha gente importante de la cultura de Barcelona y la verdad es que conge-

niaron estupendamente desde el principio. Él era un muchacho que tenía mucho palique, era simpático, siempre iba como un San Luis y a mi hermano le cayó bien. Y Ramón siempre le estaba dando la lata para que se fuera a cantá a Villa Rosa, que él era mú amigo del dueño, pero mi hermano no quería porque don Matías se había portado mú bien con él y él estaba mú a gusto allí. Totá, que no mucho después don Matías traspasó el local a un tal Calixto, que le cambió el nombre y le puso La Venta Eritaña, el mismo que tenía la Venta de Vargas antes de ser la Venta de Vargas. Y entonces ya se fue mi hermano al Villa Rosa, que era ya una cosa más seria. No veas tú allí mi hermano, que dos días antes estaba en la serrería pasándolas canutas y se vio allí trabajando al lao de los mejores, con El Niño de las Flores, con Gloria Romero, que era guapísima, con Tomás Pavón, que mucha gente dice que ha sido el cantaó más grande de todos los tiempos, y fijate que lo presentaban como el hermano de la Niña de los Peines, porque como era mú raro y apenas cantaba en público no lo conocía nadie. Aquello fue gracioso porque resulta que el hombre había venido a Barcelona pa grabá un disco y una noche, sin nadie esperarlo, se plantó en Villa Rosa. Y se fue corriendo la vó. «Que ha venío Tomás Pavón, que está ahí sentao Tomás Pavón.» Claro, al final eso es como es, que se acabó enterando tormundo que había llegado Tomás Pavón y también se enteraron los artistas que estaban allí. Algunos decían «po yo no salgo», porque les daba verdadero terror actuá delante de alguien que tenía tanta fama dentro del mundillo, aunque no lo hubieran escuchao cantá nunca. Totá, que a mi hermano le daba iguá que hubiera venío Tomás Pavón o el Papa de Roma y él cantó lo suyo y se fue a la barra a tomarse su copita, como siempre. Y luego, tú sabe, una copita por aquí, un cantecito por allá y se fue encajando la noche y mi hermano se olvidó de Tomás

Pavón. Y cuando se fue al servicio dice mi hermano que estaba el retrete ocupao y había dentro alguien cantando que él no había escuchao a nadie cantá de esa manera, con esa dulzura gitana y esa claridá en la vó que eso era que quitaba el sentío. Mi hermano se quedó de piedra y cuando salía Tomás Pavón del retrete mi hermano no sabía ni qué decirle y lo único que se le ocurrió fue tenderle mano. Y el otro que todavía se estaba trajinando la bragueta después de oriná le dice: «¡espérate, hombre, que me engibe el magués!».

A pesar de que debe de haber contado la historia más de cien veces, la risa de mi tía le arrancan unas lágrimas gordas que son pura vida y yo no puedo más que alegrarme de haber tomado la decisión de venir a verla.

»¿Y la cantidad de artistas y famosos que iban a verle? Por allí pasaron Eva Garner, John Baine, Dalí, que a Dalí le gustaba el flamenco una cosa mala. ¡Yo qué sé la de artistas que pasaron por allí! Yo estaba dormía en mi habitación y llegaba mi hermano de cantá y me despertaba. Pum, pum, pum, me daba en el hombro. «Anita.» «¿Qué?» «¿Sabes con quién he estao?» «No». «Con fulanito, con menganito.» Y yo lo que quería era dormí, ¡ajá, ja!

»Y si don Matías era un personaje, don Miguel Borrull, pa qué te voy contá. Él había sido de los mejores guitarristas que había en su época. Vamo, que le tocaba a Antonio Chacón, con eso te lo digo tó. Y luego ya se vino a Barcelona y cogió el Villa Rosa y el hombre sabía lo que quería la gente y se lo daba. Ponían mú buenas tapas, unos pajaritos fritos mú ricos, jamón del bueno, fino de Jeré, manzanilla de Sanlúcar... ¿Que el público quería cante del bueno? Pues cante del bueno. ¿Que quería una cosa

más livianita? Pues se lo daba. Mira, pa que te haga una idea, él notó que muchos escritores y gente de la cultura extranjeros se iban como que habían tenido poco jaleo. Pues os vais a enterá. Cogía y le decía a la gitana que actuaba que después de lo suyo se sentara al lao de alguno de ellos y le dijera alguna cosilla cariñosa y luego, conchabao, llegaba el que en teoría era el marío de la gitana. «¿Qué pasa aquí?», dice muy seria mi tía como si fuera un gitano celoso. «No pasar nada, ella es mi amiga», imita con arte al guiri. «Ea, po tú te viene conmigo ahora mismo.» «Yo no me voy a ningún lao, que yo no estoy haciendo ná malo.» Y ahí que se ponía la pareja falsa a hacé su teatrillo y el guiri, en plan caballero valiente, pues saltaba a defendé a la gitana. «Por favor, señor, márchese ahora.» Y ahí se liaba la gresca. Volaban vasos, platos, sillas... ¡Hasta los pajaritos volvían a volá otra vé, ajá, ja! Hasta que la cosa ya subía de tono y aparecía don Miguel Borrull mú serio: «¡Se acabó!». Y con lo que imponía ese hombre, así era, ahí se acababa tó. Luego, les invitaba a una copita a los guiris como gesto de buena voluntad y hasta acababan abrazaos con los gitanos después, ¡ajá, ja!

»Pero tu padre no estaba pa muchos jaleos. Sería por entonces cuando un día apareció Ramón con una niña morenita mú guapa, un poquito regordeta, pero con mucho salero, que la llevaba él pa que bailara allí en Villa Rosa. Y tu padre desde el primer momento se quedó prendaíto de ella. Na más tuvo un momento de lugar se le acerca a Ramón y le dice: «compare, ¿quién es esa gitana que te has traído?». El otro, que lo conocía y le veía vení, le daba coba. «¿Qué gitana? Yo no he traído a ninguna gitana.» «Venga, hombre, no te haga el tonto ahora. ¿Quién es la morenita?» «Ya sabía yo que a ti te iba a gustar la Fina, pero no es gitana. Y cuando la veas bailar, ya ni te cuento. El otro día la llevé a Ca La Rosita, ahí en el Paralelo, y hasta el padre de La Chunga,

que estaba allí, se quedó impresionado. Hasta se le acercó y le preguntó cómo se llamaba».

»Aquella vé no me importó que me despertara Pedro por la mañana temprano. «Anita, Anita.» «Quéee», le respondía yo dormía. «Que he conocio a una niña preciosa y me voy a casá con ella.» Mira, se me quitó el sueño de momento, ¡ajá, ja! «¿Qué me estás diciendo, Pedro?» Y él no podía pará, que si lo guapa que era, lo simpática que era, que si bailaba así, que si bailaba asao. Vamo, que le dio fuerte a mi hermano. Y fijate después.

Ana detiene la narración un par de segundos y la pena se siente en el aire. Pero no tarda en retomar la historia.

»Y yo le decía: «pero, chiquillo, ¿cómo te vas a casar con ella si la acabas de conocer?». Y él me respondía: «bueno, en realidad no la conozco todavía porque el ciezo de Ramón no ha querido presentármela, que decía que es mejó esperá pa darme más misterio, que eso le gusta mucho a las mujeres. Y ella no lo sabe todavía, pero te digo yo que me voy a casá con ella como me llamo Pedro». Mi hermano nunca ha sido una persona de tené las cosas mú claras. Eso sí, cuando se le metía una cosa en la cabeza, ten por seguro que la conseguía. Él quiso torear y toreó, al lao de Manolete, ná menos. El quiso cantá y cantó, con tó lo mejorcito de Barcelona. Y a él se le metió en la cabeza que se iba a casá con la Fina, y con la Fina que se casó. Pero su trabajito le costó, no te vayas a creé que aquello fue llegá y topá. Porque tu madre no quería sabé ná de novios ni de hombres. ¿Qué digo de hombres? ¡De niños! Si es que eran unos chiquillos. Tu madre –y eso se lo escuché a ella montones de veces– ná más que quería cantá y bailá y está parriba y pabajo. Y tu padre, sí, le parecía mono y simpático y eso, pero como se lo podían parecé otros veinte

que andaban por allí. Pero tu padre era un ansias y ni esperó a que Ramón se la presentara ni ná. Yo no sé cómo, pero se enteró dónde vivía la niña y se fue allí y se puso a esperá hasta que viera el momento oportuno. Yo no sé el tiempo que estuvo allí esperando, pero una vé que la Fina fue a hacé un mandao sola, allí que se plantó tu padre, ¡ajá, ja!, el susto que se tuvo que dá la pobre al vé a Pedrito allí. Pero ella, mú digna, le daba largas. Que entonces no era como ahora que se juntan dos y dicen al momento: «¿tú quieres?», «sí», y venga pa la cama. Tu padre, no. Tu padre, allí erre que erre, que se plantaba debajo de su casa tó los días pa ayudarle con los mandaos, pa regalarle una fló, pa invitarla a un refresquito, tú sabes, esas cosas que a las mujeres nos gustan. Y la que diga que no, miente. Pero ella, que nanai de la china, que no estaba pa novios. Pero si ella era terca, él era terco y medio. Yo creo que al final le dijo que sí pa que la dejara tranquila, ¡ajá, ja!

Los viejos se empeñan en contarnos cosas que ya sabemos de sobra. Pero cuando los viejos ya son muy viejos, como mi tía Ana, a veces nos regalan una pepita de oro en forma de recuerdo que su senilidad no ha alcanzado a censurar. O quizá más valdría decir que su veteranía tiene el criterio suficiente para determinar que no hace falta andarse con tanto remilgo ni tanto secreto, como si la familia propia fuese una institución sagrada cuya historia hay que dejar a salvo de toda mancha.

»También es verdá que entonces tu padre empezó a marchá bastante bien y las niñas que había alrededó se lo rifaban. Y eso siempre le da a uno, ¿cómo te diría?, un caché. Así que poquito a poco la Fina se fue dejando invitá, se fue dejando acompañá a su casa y hasta que un día le dejó que la cogiera de la mano.

Y aquello cogió un seguío que no veas, ¡ajá, ja!, porque antes de un año ya estaban casaos. Y no te creas que se quedaron ahí porque al momento tu madre se quedó en estado. Cuando nació tu hermano el mayó la gente se ponía a hacé cuentas con los deos, ¡ajá, ja!, pa vé si se habían casao de penalti. ¿Cómo es como dicen los de la tele? Penalti y expulsión, ¡ajá, ja!, qué cotilla es la gente, por dió.

Mi tía Ana tiene una capacidad maravillosa para cambiar de la comedia al drama con el único puente de un cambio progresivo en la expresión de sus ojos.

»No veas el tío José cuando se enteró –anuncia muy flojito para de repente subir la voz–: «Pero ¡tú estás loco! Pero ¿cómo los vas a mantené? A mí no me vengas luego con penas y favores, que ya yo he hecho bastante por tos vosotros». Así que Pedrito se fue con lo que tenía, que era poco menos que nada, porque una cosa es ganá unas perritas pa tus cosas, y otra cosa es tené pa una casa, una mujé, un niño... En fin, que se alquilaron una habitación en una callejuela del Barrio Chino, pero el padre de ella, tu abuelo, le dijo: «de aquí no te vas a ningún sitio si no te casas antes». Y se casaron así, deprisa y corriendo, la verdá. Eso sí, qué bien lo pasamos en la boda. Con cuatro cosas, porque antes no se necesitaba tanta zarandaja pa casarse una. Cogías, te ibas a la iglesia, te casaba el cura y luego con unas botellitas de vino, un poquito de jamón y otro poquito de queso ya estaba tormundo aviao. Y cante, eso sí, que no faltara el cante. Allí se cantó y se bailó lo que no están en los escritos. Claro, éramos todos muchachillos y muchachillas, po lo que queríamos era eso, pasarlo bien. Muchos de ellos, se echaron un ratito a dormí por ahí en cualquier lao y cuando se despertaron, ea, otra vé con

el vino, con el cante y con el baile. Totá, que se casaron y ya se pudieron ir los dos pa su pisito, a esperá a que naciera Manolito.

A mi tía Ana le brillan los ojillos por la travesura de contar sin decir y yo me termino de llenar de ternura y de agradecimiento, porque este ratito juntas nos lo llevaremos las dos a la tumba con orgullo.